

"EL GIBARO" Y SU EPOCA \*

La primera edición de El Gibaro aparece en un momento de profundas transformaciones en la vida puertorriqueña. Ya ha comenzado la isla a perder su acentuado perfil rústico. El crecimiento <sup>de la</sup> poblacional, la concentración demográfica, subrayan el incipiente urbanismo del interior. El ciudadano de la capital no vive tras las imperiales murallas en completo olvido del resto del país. No habitan el labrador y el agregado un mundo agreste y solitario, al cual no llega el influjo de la vida pueblerina, con su inquieta voluntad de cambio. Entre la ciudad murada y el campo <sup>comenzado a surgir</sup> se han ~~establecido~~ nexos de comprensión, se han establecido fértiles enlaces que modifican la tradicional fisonomía nativa.

Está, en fin, en trance de superación la vieja dicotomía social que caracteriza los primeros estadios de nuestra evolución como pueblo. Desde que en las postrimerías del siglo XVI comienzan a rodearnos y a acosarnos los enemigos de España, la vida puertorriqueña se escinde en dos claras zonas de actividad: el fuerte y el "hinterland", la ciudad murada y el campo. Son dos mundos que obedecen a motivaciones distintas. La ciudad murada es creación del imperio, baluarte de una estructura política que abarca extensísimos territorios. Es un castillo en mares de

---

\* Trabajo leído en el Ateneo Puertorriqueño el 29 de noviembre, de 1949, en el acto conmemorando la primera edición de El Gibaro de Manuel Alonso.



agresivos herejes. Dentro de sus muros, hostiganse los elementos predominantes: los obispos y gobernadores, el poder eclesiástico y el poder civil y militar. El campo, por el contrario, produce una sociedad rústica, de pronunciada <sup>mezcla</sup> ~~flexibilidad~~, que vive en estado cuasi-bárbaro y se forja sus propias leyes y costumbres, ajena a los grandes choques imperialistas y desdeñosa de los rígidos imperativos metropolitanos.

Estos dos Puerto Ricos conviven apenas sin conocerse, con muy tenues lazos de contacto, hasta que los descubren los curiosos viajeros de la Ilustración. En la segunda mitad del siglo XVIII, un puñado de estos viajeros - O'Reilly, Abbad, Ledrú - nos revelan el estado de las dos sociedades y los tentáculos que el poder urbano empieza a proyectar en las tierras vírgenes del interior. A lo largo de la primera mitad de la nueva centuria, se acelera el proceso. La montañía comienza a adquirir entonces <sup>señalada</sup> ~~su~~ importancia. Se esparcen los cafetales en la altura, bien que su momento de oro no haya madurado todavía. Se abren rutas de penetración, caminos vecinales como los que describe Alonso. Se inicia, pues, la quiebra de las vallas geográficas y psicológicas que habían aislado a los dos tipos representativos del hombre puertorriqueño.

En ese interesante tramo histórico, despunta también la conciencia criolla. Junto al hacendado que se enriquece, aparece una pequeña burguesía, de vocación profesionalista, en la que



prende una preocupación por las formas de la vida regional. Hacia mediados de siglo, ya cuenta el país con una generación lista para practicar el examen de su morfología histórica. Se trata de una minoría ilustrada que se forma al calor del liberalismo peninsular. Esta generación adviene - vale la pena recalcarlo - con un claro sentido historicista: ve en el proceso de Puerto Rico el nacimiento de un pueblo con personalidad propia que anhela afirmarse y expresar sus esencias. La raíz de toda la actuación posterior de esta generación está en esa vivencia del pasado, en esa imagen histórica puertorriqueña que se forja, a distancia, en el bullicio de las urbes españolas.

La Biblioteca Histórica de Alejandro Tapia y El Gíbaro de Alonso son libros representativos de esa reflexión criolla de sesgo historicista. Se sabe que se vive en un momento de transición, que se asiste al pasar de una era de intenso ruralismo y patriarcales costumbres. "Atravesamos" - nos dice Alonso - "una época de transición en la cual lo antiguo va desapareciendo, y lo nuevo viene a reemplazarlo." Esa vida antigua es la órbita campestre sobre la que se detiene la pupila de nuestro escritor. Sabe que los días de esa sociedad están contados, que ha de morir lentamente ante el avance inexorable del progreso material e intelectual, y quiere preservar sus rasgos. Así desfilan ante nosotros las experiencias varias de aquel espíritu rural: los



bailes de garabato, con su cuadro de intensa transculturación; la jugada de gallos en la que pierde su mísero jornal el padre de familia; los aguinaldos y sus pintorescas trullas, tan vivas en aquel tiempo como cuando las vió Fray Ifígo Abbad.... Mas al lado de esa sociedad rural, está la sociedad urbana, que afirma imperiosamente su primacía. Alonso la contempla desde el punto de vista de su generación de pequeños burgueses provincianos, que conocen parte del gran mundo de afuera y creen con fervor, un tanto ingenuo quizás, en la ineludible ley del progreso.

"¿Perdemos o ganamos?" se preguntará años más tarde cuando lance su segunda edición. Y la contestación revelará su inquebrantable fe en la marcha afirmativa del proceso histórico puertorriqueño.

No, el amor al pasado no es mero tradicionalismo en el autor. No idealiza Alonso al pasado para instalarse cómodamente en él, y desde la altura alcanzada criticar el presente. El ímpetu de avance y de mejoramiento está en la ciudad, en el fomento de la instrucción popular, en el creciente profesionalismo que abre amplios caminos a la ambición criolla, en la actividad mercantil que añade nuevos núcleos de riqueza. No es un escapista Alonso. No reniega de su presente para evadirse a una supuesta edad de oro pretérita. El aprecio por el pasado se conjuga armoniosamente con su optimista visión del porvenir. Hombre de ciudad, paradigma

del profesionalismo criollo, cree en la misión de la minoría ilustrada a que pertenece. En su obra no están tan sólo frente a frente los dos mundos históricos puertorriqueños. Adviértese también en ella el impulso vital de una generación creadora que anhela integrar campo y ciudad en formas superiores de convivencia humana.

---

Publicado en la revista Asomante Año VI, Vol. VI, 1950, Abril-Junio, págs. 84-86.